

Anna Caballé, *Íntima Atlántida. Vida de Rosa Chacel*, Barcelona, Taurus, 2025, 564 pp.

Reseña de acceso abierto distribuida bajo una [Licencia Creative Commons Atribución 4.0 Internacional \(CC-BY 4.0\)](#). / Open access review under a [Creative Commons Attribution 4.0 International License \(CC-BY 4.0\)](#).

DOI: <https://doi.org/10.24197/samjm483>

No puede sorprender a nadie que una escritora de vidas con la finura y el oficio de Anna Caballé, haya abordado, por fin, la vida de Rosa Chacel. Lo hace en un libro extenso y minucioso tras el que hay no solamente una detenida lectura de la obra de la vallisoletana, sino también muchas horas pasadas en los archivos de la Fundación Jorge Guillén, que guarda su legado.

Esta *Vida de Rosa Chacel* llega en un momento en el que la escritora está siendo redescubierta: en 2024 apareció un volumen de *Cuentos* (también en Planeta, aunque en el sello Austral), Seix Barral ha reeditado sus *Diarios* en un volumen con prólogo de Elena Medel, y en breve aparecerán sus cartas familiares, al cuidado de Miguel Olmos, y un monográfico en la revista *Ínsula*. Se la incluye a menudo —es un error, si atendemos a su perfil— entre las “sinsombrero” (una etiqueta que merece revisión, por cuanto proyecta una interpretación actual sobre el pasado, más que describir aquel desde sus propios parámetros). Quizá, si Rosa Chacel pudiese tener noticia de este tardío reconocimiento, sentiría en cierta medida compensados las afrentas de las que creyó ser objeto (y a veces sí lo fue) en vida. No resulta muy científico especular con esta posibilidad ultraterrena, pero creo que no, que más bien sonreiría —imagino que daría un trago a su ginebra— y diría algo así como “para esto hemos quedado”, que es (cito de memoria) lo que anota en su diario cuando, ya mayor y de regreso a España, la llevan a El Corte Inglés para que firme libros a señoras (la apreciación machista es suya).

Y es que Rosa Chacel fue un alma ibérica que capaz de encorcorar a cualquiera —eso creía ella ser para Ortega, aunque es posible que Ortega no se encorcorase tanto y simplemente le prestase poca atención. “Soy antipática”, afirma en alguna entrevista, siempre ansiosa, siempre a la defensiva.

Anna Caballé se acerca a la vida de Chacel, una escritora esquiva que veta (y se veta) el acceso a su intimidad, incluso a pesar de haber publicado tres extensos volúmenes de diarios. El acercamiento se convierte en investigación minuciosa y reconstrucción precisa, además de honrada: algunas zonas permanecen en sombra, como los años de Chacel en Buenos Aires, y Caballé así lo dice. Todo esto, además, lo hace con algo que la

escritora nunca sintió que sus allegados le ofreciesen y siempre echó de menos: piedad. Piedad por ella al descubrir su “caso”: los casi cuarenta años que se mantuvo su triángulo amoroso con Timoteo Pérez Rubio, su esposo, y Lea Pentagna, la pareja de facto del pintor. Timo y Lea vivían juntos en Valença (Brasil) mientras ella lo hacía en Buenos Aires, Río de Janeiro y Nueva York. Más de tres décadas de cartas, intentos por forzar decisiones, penurias económicas y anotaciones diarísticas tan tajantes como enigmáticas (todo cobra sentido al leer las páginas de Caballé, y las cartas familiares, de próxima aparición, ofrecerán el testimonio directo de los hechos).

Leer página a página el desarrollo de esta historia familiar produce impresiones encontradas: al principio nos abruma; más tarde, sentimos que en el fondo, como todo lo que concierne a las pasiones humanas, es corriente, vulgar incluso. Algunos lectores y algunas lectoras podrían aducir que es un error hacer pivotar toda una vida y una obra sobre un episodio más o menos desgraciado de la vida familiar de la escritora. Pero lo cierto es que fue un episodio de más de treinta años, que a juzgar por las cartas conservadas (no todas) fue una verdadera trituradora emocional para Chacel, para Timo y para el hijo de ambos, Carlos (y a buen seguro para Lea también), y que dejó una impronta en la escritura de Chacel y en cómo gestionó su existencia como autora. Por las páginas de *Íntima Atlántida* desfilan muchas miserias y muchas bajezas: el apelativo con que Lea y Vito se refieren a Rosa mientras ella se encuentra en Buenos Aires, esperando las cartas (y los giros) de Timo, que casi nunca llegan puntuales. El empeñamiento de Rosa en mantener la ficción de un matrimonio, y de paso una dependencia económica que los humilla a los tres. La frialdad moral y emocional en la que crece Carlos. Sobrecoje leer esta vida, o estas vidas, sobre todo porque no las sentimos tan ajenas como tal vez quisiéramos. Hasta en sus actuaciones más cuestionables o más ridículas (y las hubo), Caballé trata a Chacel con esa piedad que ella echaba de menos. Y comprendemos mejor la presión extraordinaria, la inhibición insoportable de la autora de *La confesión*, que se expresa (Caballé lo ve muy bien) en una escritura a menudo mutilada, cortada, cercenada. La elipsis se hace en ella costumbre, en parte por un antisentimentalismo de raíz vanguardista, como hasta ahora habíamos pensado, pero también sin duda atribuible en parte a las condiciones de permanente frustración vital. Es una cruda ironía que a una orteguiana como ella una circunstancia (una que quizá podría haberse resuelto de otra forma más sencilla) se le impusiera vitalmente así, y condicionase su vida y (aunque ella jamás lo admitiría) su obra.

En una entrevista que Elena Santonja le hace en televisión mientras ambas cocinan, en el programa *Con las manos en la masa*, a la pregunta de

cómo era la relación con Timo, Chacel responde: "perfecta, perfecta" con una rapidez y un tono de voz cortantes. Pero no corta únicamente a la presentadora, sino también, y sobre todo, a sí misma, con una especie de automatismo patológico. Afirmar que aquel infierno sentimental de casi cuarenta años fue perfecto es una manera de afirmar que ella no necesitaba algo tan vulgar como la fidelidad que reclaman las otras. Porque Chacel fue una verdadera hiena para con sus congéneres las mujeres (*mulier hyaena mulieris*, escribe. Y dedica al eros un largo ensayo, *Saturnal*, nunca termina de atar la mosca por el rabo, nunca logra explicar claramente lo que quiere decir, y por eso al final su idea de eros se mantiene inaprensible, y por eso nunca está conforme con cómo la entienden los demás. Ella misma no puede mirar de frente al eros.

La biografía de Caballé no se limita al desvelamiento de estos hechos familiares, sino que al hilo de los mismos pinta con maravillosa viveza los tiempos de la escritora, que son el siglo XX prácticamente al completo: la infancia con un aroma todavía modernista, las vanguardias exultantes, la guerra, la salida al exilio, el desplazamiento (en el caso de Chacel, además de geográfico, lingüístico y familiar, íntimo), las novedades en filosofía y literatura, a las que trata (en vano) de arrimarse (lamentable su caso con Butor), el regreso que nunca la resarcía como ella deseaba.

La narración de la vida se entreteje con la lectura que Caballé lleva a cabo de las obras. Es lo coherente con una escritora que, como sabemos, se preciaba de ser orteguiana, y que cree que vida y obra son una misma cosa (pero, por las razones que ahora conocemos, le niega sistemáticamente a sus obras una parte de *su vida* y, por tanto, de *vida*). Caballé no solamente conoce en profundidad la obra de Rosa Chacel y los estudios sobre ella, sino que además es valiente y personal en sus juicios: desde la convicción con que defiende que se equivocó al elegir la novela, y que sus verdaderas capacidades hubiesen brillado más en el ensayo filosófico, a la sincera y razonable crítica de *Acrópolis* (y ahora que Caballé ha abierto brecha, yo también lo digo: es infumable). Algunas páginas de *Íntima Atlántida*, además de cumplir su propósito magistralmente, tocan la almendra de la escritura chaceliana: su manera elíptica, críptica, de encadenar metáforas, alusiones imprecisas, puntos suspensivos, "la cosa", "el asunto", "lo otro", giros metarreferenciales y autófagos hasta la extenuación que son, en realidad, la espita logorreica por la que se libera, siempre solo en parte, una extraordinaria (auto)represión. El análisis que Caballé hace de *Ciencias Naturales* resulta sumamente ilustrativo al respecto, y aplicable a casi toda la obra de Chacel.

Íntima Atlántida es, además, algo que ningún libro de Chacel fue nunca: sencillo de leer y ameno en el mejor sentido de la palabra. Las muchas horas de archivo, anotación y ordenación de materiales no contagian al texto. El lector no siente la fatiga de las consultas, los inevitables conflictos que surgen en las solicitudes de permisos ni las dificultades que supone escribir una vida, ordenando en páginas yuxtapuestas sucesos simultáneos entreverados de emociones y expandidos constantemente en ramificaciones.

Como ya había hecho anteriormente con su vida de Concepción Arenal, solo que esta vez con un material mucho más difícil, Caballé ha logrado convertir una biografía en una lectura apasionante sin sacrificar el rigor ni la distancia. El resultado es un retrato justo, iluminador y hondamente humano de una escritora que se esforzó durante toda su vida en no dejarse comprender del todo.

CARMEN MORÁN RODRÍGUEZ

Universidad de Valladolid

carmen.moran@uva.es